

Querido hijo: te vas con los abuelos

Jordi Sierra i Fabra

loqueleg®

Pero... ¿qué?

Iba a ser el verano de su vida.

El mejor de los mejores.

¡La de planes que había hecho!

Playa, montaña, leer, jugar, hacer esto, aquello, lo otro, lo de más allá...

Sí, claro, lo recordaba: el año pasado también tenía muchos planes y luego el verano, como por arte de magia, había volado así, onda huracán desaforado, igual que quien chasquea los dedos y... ¡adiós!

Pero eso había sido el verano pasado.

Entonces aún era MUY niño.

Ahora no. Cumplía doce años. Eso significaba que era más listo. Esta vez racionalizaría el tiempo, lo mediría, lo distribuiría. Nada de dejarse llevar. Nada de “bueno, no pasa nada” o “esto ya lo haré mañana”. Sí pasaba. Y mañana siempre surgía algo nuevo.

El mejor verano de su vida tenía que serlo por todo.

¡Nunca más volvería a tener doce años!

Lucas lo esperaba más que feliz: felicísimo.

Y entonces, de pronto...

—Lucas, vamos a tener que cambiar los planes del verano.

Miró a su madre.

Era arquitecta. Un cerebritito. Su padre también, porque escribía guiones, pero su madre...

—¿Cómo que vamos a tener que cambiar los planes?

—Pues sí, mira. ¿Recuerdas que te hablé de construir un centro cultural?

—Sí.

—Nos lo concedieron.

—Ah.

—Eso significa que tendré que estar desde el 15 de julio hasta el 15 de agosto en el lugar, para los trabajos previos, discutir planos, ver la logística...

—Está bien, veo que me tendré que quedar con papá.

El padre de Lucas trabajaba en casa.

Una maravilla.

—Me temo que no —le dijo su madre.

—¿Que... no?

—No, papá vendrá conmigo. Tiene que escribir el guion de varios capítulos de la serie de tele en la que colabora, y le caería bien desconectarse. Si se queda aquí, contigo, no estará concentrado y no podrá trabajar.

Ella se iba y él con ella.

—¿Y entonces qué haré yo? —preguntó Lucas. Ya se imaginaba solo en casa.

Pero no, claro que no. ¿Cómo iban a dejarlo solo? ¡Qué mala onda eran!

—Tú te irás con los abuelos.

Un sudor frío empapó a Lucas. Se estremeció. La mente se le puso en blanco. El estómago se le encogió tanto que se convirtió en una especie de puño con vida propia y potencia suficiente para machacarlo por dentro.

Fue tan tremendo su horror que apenas pudo articular palabra.

—¿Có... mo que... me... voy... con los a... a... abuelos?

—Bueno, es lo lógico, ¿no? —su madre parecía que hablaba de algo de lo más común y corriente—.

En primer lugar, los ves poco, así que te caerá bien pasar una temporada con ellos. En segundo lugar, estarán felices y encantados de tenerte un mes en su casa. Y en tercer lugar... —no encontró más argumentos y no supo qué agregar—. En fin, pues eso.

Lucas logró reaccionar.

—Mamá, no.

—¿Cómo que no?

—¡Son MIS vacaciones! ¡Es MI verano!

—Bueno, pues lo pasarás en el pueblo. ¿Qué más da un lugar que otro?

Hablaba en serio.

¿Qué más daba un lugar que otro?

—¿Pretendes que esté un mes en un pueblo de montaña, con frío de noche, calor que te asas de día y... en casa de los abuelos?

—Hay piscina.

—¡Llena de gente; para que te toque un poco de agua tienes que hacer cola dos horas antes!

—¡Qué exagerado eres!

—¿Y el piano? —le pareció un argumento irrefutable—. No querrán que esté un mes sin practicar. ¡Siempre dicen que hay que ensayar cada día!



—El año pasado, en vacaciones, pasó lo mismo: estuviste un mes sin tocarlo.

Era grave. Ni lo del piano la ablandaba.

Sólo quedaba la tecla emocional.

—¿No puedo ir con ustedes?

—Estaré trabajando y tu padre también. El lugar es un páramo. No hay nada. Allí sí que te aburrirías —su madre empezó a hartarse de la discusión. Era una mujer práctica—. ¿Se puede saber por qué no quieres ir a casa de los abuelos?

—¿Lo preguntas en serio?

—¡Pero si te quieren con locura!

—¡Y yo a ellos! ¡Pero vivir un mes en su casa...!

—¿Lo dices porque no tienen televisión por cable, ni internet, ni...?

—¡Lo digo por todo! ¡Son unos pueblerinos!

—¡Lucas, no digas eso! —se disgustó—. ¡Son mis padres!

—¡Serán lo que sean, pero...!

—¿Pero qué?

—¡Son de pueblo!

—¡Míralo, el ciudadano presumido!

—¡El abuelo lleva siempre unas enormes boinas y la abuela no se deshace el chongo ni para dormir,

visten como si vivieran en el siglo pasado, son anticuados, son...!

Tenía tantos argumentos, TANTOS, que se le apelonaron en la cabeza.

—Tuviste que haberlos visto de jóvenes, o cuando yo era niña —suspiró ella.

—Sí, ya me has contado muchas veces que eran *hippies*, llevaban el pelo largo, les gustaba el rock y no sé cuántas historias más. ¡Pero fue hace mil años! ¡Ahora son..., son... unos anticuados!

—Vamos, ya párale, no digas más tonterías. Ni siquiera sé por qué estamos teniendo esta discusión. Vas a ir con ellos y punto. ¿Tú crees que a mí me gusta estar un mes sin verte? ¡No tengo más remedio! ¿Y cuánto apuestas a que luego me dirás que te la pasaste en grande?

—¿Hablas en serio? ¿En grande?

—¡Sí, en grande, y se acabó! ¡Hasta el 15 de julio iremos a la playa y estarás con tus amigos y lo que quieras, pero después no hay más remedio! ¡Si no te gusta, te aguantas! ¡Y te repito que lo siento!

Lo sentía.

¡Ja!

Era una derrota total.

Lucas se fue a su habitación convencido de que el mundo era un lugar horrible y la vida algo muy injusto.

Eso, además de estar seguro de que tenía la peor de las suertes.

¿Qué he hecho YO para merecer ESTO?

Los días que siguieron a la noticia fueron nefastos.

Lucas, con una mala cara de esas que te llegan al suelo; su madre, enojada por la mala cara de su hijo y nerviosa por el trabajo que se le venía encima, y su padre, despistado como siempre, porque, cada vez que su padre escribía algo, la cabeza se le iba a donde fuera menos a la vida real.

En realidad, Lucas se preguntaba muchas veces cómo se habían conocido, enamorado y casado. No tenían nada que ver.

Bueno, salvo que se querían.

Eso se notaba en lo empalagosos que resultaban a veces:

—Cosita.

—Guapo.

—Vida.